

—Yo? preguntó el Pípilo, acaso iba á robar?

—Eso es apearse por las orejas, replicó Lino, todos hemos tomado parte del botín, y siendo tú el primero que pasó aquella infernal puerta, es extraño que no estés provisto como nosotros.

—Lléveme el diablo si me acordé de tomar un octavo; además, que pensando en el gran riesgo que llevaba----

—Demonio! gritó Marroquin dando un puñetazo sobre el mostrador, como que el lance fué mas que pesado; mira, Pípilo, primero toreo con una venda en los ojos que hacer eso que tú has hecho.

—No vale la pena, yo tenía vergüenza de llevar la losa á la espalda, me parecía que todos se burlaban tomándolo por cobardía; pero juro por la vírgen de Guadalupe que si temia algo, era el fracaso de lo que me encomendaba el señor cura.

—Tienes razon, y sobre todo, arrieros somos y en el campo andamos, el que sea hombre se ha de ver.

—Veremos entónces; yo les confieso que el general Allende me ha dejado admirado: eso de estar en todas partes y por delante, dando esos gritos que suenan mas que los fusiles, y no tener ni pizca de miedo---- da gusto pelear con hombres así.

—Y tú, Saca-vueltas, te has habilitado?

—Les he comprado á los indios las onzas de oro; creían que eran medallas.

—Demonio! ese comercio no estaba en mi librito, ya lo pondré en planta mañana.

—No me hubiera ocurrido nunca, dijo el Pípilo.

—Y qué hay de marcha?

—Salimos para Valladolid.

—Mis antiguos y conocidos terrenos, dijo Lino el mulato; ya verán cuando llegemos, aquella tierra es mia, los alojaré en mi casa si no la han quemado.

—Y por qué la habian de quemar? preguntó el Pípilo.

CAPITULO XIX.

LOS LEBRELES SOBRE LA PISTA.

I.

El desórden habia cesado enteramente, y la ciudad yacia desfallecida en el cansancio de tantas horas de agitacion y de vértigo.

Parecia una mujer arrancada del tormento.

Oíase por intervalos el silbo de alguna piedra lanzada al acaso, algun grito perdido, alguna detonacion en los cuarteles de los suburbios.

Las patrullas rondaban las calles, dejando oír el ruido de sus pasos en el silencio de aquella noche espantosa.

En la tienda que existia en la esquina de los Mandamientos, se encontraban Lino el mulato, Marroquin, su compañero Saca-vueltas y el Pípilo, todos tomando aguardiente y hablando de la jornada.

—Pípilo, dijo el mulato dando con su mano sobre el hombro del barretero, ¿cuanto has pillado?

—Porque un tal fray Angel dió en que los diablos y las brujas se albergaban en ella; en cuanto á lo segundo tenia razon.

—Estás de broma?

—No, que hablo de veras. Figuraos que la Madre Paulina, que así se hacia llamar la bruja, me ha sacado de muchos conflictos, entre ellos uno, que lo conservaré en mi memoria toda la vida.

—Cual?

—Estos diablos de gachupines dieron en que yo era un famoso ladrón.

—Qué injusticia! dijo el torero Marroquin en tono compungido.

Lino continuó:

—Es cierto que decian la verdad, pero á ellos no les importaba; el hecho fué que me soplaron ocho años al castillo de San Juan de Ulúa, donde me han dado un tratamiento de los perros; tengo las costillas hechas pedazos á palos y dos ó tres cicatrices en la cabeza: ¡qué ocho años! aquel sol es lo mas terrible del mundo ¡ay amigos! en medio del dia y cuando se estaba quemando el mundo, nos sacaban con la cadena al pié; por eso ando un poco *rengo*, la costumbre de arrastrar tanto tiempo el grillo. Y nos hacian acarrear carbon para los buques, y barrer los patios, y regarlos, y nos encerraban despues en unos calabozos por donde jamas entra la luz, y allí les atacaba el *vómito* á muchos infelices, y habia algunos que morian ántes que el carcelero se enterara de que existian enfermos en la prision. Despues nos hacian cargar con los muertos, cavar la sepultura y cerrarla; vamos, que ya me faltaban las fuerzas para soportar esa vida condenada. Ya verán, ya verán, me decia á mis solas: cuando salga de aquí, me he de vengar de los malditos europeos, yo me desquitaré de ocho años de garotazos y bofetadas; si tengo á la mano á mis jueces les haré escupir la lengua.

Los toreros y el Pípilo escuchaban con atencion el relato del bandido, que con aquella lógica que distingue á esos enemigos

de la sociedad, queria vengar en ella sus crímenes; esos miserables desearian un aplauso por sus delitos.

—Un dia que la prision estaba conmovida, dijo el mulato, porque acababa de morir un fraile llamado Talamantes, que entre paréntesis lo habian martirizado hasta arrancarle el último aliento, me llamaron para que le condujese en una lancha hasta el puerto de Veracruz; cual fué mi asombro al encontrarme con la madre Paulina!

—Con la bruja? preguntaron simultáneamente el Pípilo y los toreros.

—Precisamente con ella, y lo mas gracioso es, que salia de la fortaleza; reconocíome al momento, habló con el patron de la barca, y cuando ménos lo esperaba me dijo:

—Lino, salta en tierra y deja atracada la lancha.

—Yo obedecí sin replica, y esa misma noche salimos para México, donde se me desapareció como un fantasma.

—Diablo! volvió á gritar Marroquin, brindemos por la bruja tu protectora.

El bandido apuró el jarro del aguardiente.

—Ese fray Angel que dices, veo que tenia razon en perseguir tu casa.

—Lo que me tenia sin cuidado, porque la madre Paulina no se deja llegar al manto por nada de esta vida.

—Qué señas tenia ese fraile? pregunto Marroquin.

—Era alto, rubio y delgado como un esqueleto.

—Vamos, que yo he visto á ese hombre.

—Adónde? preguntó Lino.

—En Granaditas.

—Te chancas?

—El loco Pedraja lo llevaba tirando de un pié.

—El estudiante Pedraja?

—El mismo; por cierto que aquello no era nada divertido, el fraile llevaba arrastrando el corazon y las entrañas; por el cerquillo se le conocia el oficio.

—Esa es otra historia, dijo el mulato; tenia cuentas atrasadas con el fraile que le ha soplado al suegro á la Inquisicion y hecho desaparecer á la novia.

—Pero tú conocias tambien al fraile, observó el Pípilo dirigiéndose á Marroquin.

—Yo?

—Sí, te he visto hundir en el cadáver por tres veces el puñal.

Lino y Saca-vueltas se volvieron al torero, cuya frente se habia oscurecido.

—Vamos, que la cosa no merece la pena, dijo el barretero, yo lo decia porque----

—No importa, respondió el torero Saca-vueltas, sabemos bien que tienes pendiente un negocio de corazon.

—Y tienes secretos para tus amigos y camaradas? preguntó el Pípilo.

—Por Dios que no! gritó Marroquin, y yo necesito de vuestra ayuda. Os diré en dos palabras, que quiero vengar á mi padre sacrificado por los inquisidores.

—Tienes razon! gritaron el Pípilo y el mulato, cuenta con nosotros.

—Y la muerte de mi hermano, agregó el torero.

—Rayo de Dios! exclamó el Pípilo, que tenia una alma de niño, hay cosas que no pueden tolerarse.

—Pues bien, estamos comprometidos en la revolucion y yo puedo morir de un momento á otro, ya veis que entónces----

—Ya comprendo, dijo el Pípilo, quedarias sin venganza y hay cosas que deben de quedar concluidas antes de marcharse al otro barrio.

—Tú me comprendes, Pípilo, porque eres hombre de corazon; vosotros sois mis amigos.

—Como los primeros! gritaron los camaradas.

—Pues bien, ese fraile á quien le dí de puñaladas como un insensato, cuando no podia apreciar mi venganza porque habia dejado de existir; ese fraile, amigos míos, fué el que recibió la

órden del inquisidor para el asesinato de mi padre --- ya su sangre ha empapado la tierra y ese miserable ha sufrido la agonia mas espantosa en medio del tumulto, ya el rayo de Dios ha caido sobre su cabeza----- ese loco Pedraja ha servido á mis intenciones, dos rencores se apagaron con la misma sangre y en una misma hora ---- queda aún una existencia en pié, que me hace daño ---- sí, la de ese verdugo infernal, ¡oh del inquisidor que ordenó aquella matanza impía!

—Su nombre! ---- su nombre! gritaron los amigos de Marroquin.

—Núñez de Clavijero.

—Núñez de Clavijero! repitieron los interlocutores.

—No sé, continuó Marroquin, si habré sido víctima de una pesadilla en esa hora en que la sangre sube á mi cerebro en la erupcion de mis resentimientos ---- pero yo he visto al inquisidor entre aquella tempestad de fuego ---- á la luz de las teas lo ví luchar como un náufrago entre las olas ---- sí, no me he engañado, no, yo le he visto arrastrado por las oleadas de la revolucion en medio de la matanza de ayer ---- le grité, y estoy seguro que escuchó mi voz porque el terror se pintó en su horrible semblante ---- Ya no es el hombre de hace doce años, su rostro está enjuto y ha sufrido un cambio completo, ha abandonado las vestiduras negras por el sayal, se ha hecho fraile, pero lo he reconocido.

—Estás seguro? preguntó el Pípilo.

—Sí, como de que vosotros me estais escuchando.

—Le buscaremos, dijo el Pípilo, debe estar oculto, pero él saldrá y entónces le haremos expiar sus crímenes.

—Yo me encargo de eso, dijo Lino con una ferocidad salvaje.

—Si muero, os encomiendo la venganza, juradme que ese hombre no podrá escaparse ni aun escondiéndose en las entrañas de la tierra.

—Lo juramos! dijeron los camaradas estrechándose las manos, y apurando sus vasos de licor.